

gión y ciudad contra las corporaciones clericales. Los directorios de las ciudades son todos de este último carácter mientras los municipios del primero; y Barbaroux arranca del Parlamento y el gobierno contra los directorios y en pro de los municipios disposiciones, las cuales habían de granjearle con razón entre sus compatriotas, universal popularidad. Este sentimiento de obligación pública con él por sus grandes servicios, valióle haber podido confirmar los promesas con los hechos, conduciendo al seno de París los célebres marseleses, cuyos cánticos levantaban los espíritus y la esperanza y hacían salir de prisa en los corazones la sangre revolucionaria. Y bien se necesitaba, pues, la guerra civil, que iba ya relampagueando en el Norte, unida con la revolución demagógica del Mediodía, sólo contrastada por fuerzas y muchedumbres clericales, añadían horror al profundo sentido por todos hacia la guerra universal avanzando terrible con sus ejércitos exterminadores y sus generales crueles, impelidos por los monstruos de las monarquías absolutas, en todas las fronteras. A estos males Barbaroux quería oponer los buenos ciudadanos del Mediodía; y á la confederación de los Reyes coaligados para el daño universal, una confederación de los pueblos reunidos en el culto y defensa de la humana libertad. Ante las ideas nuevas no podían menos que levantarse y reunirse los intereses heridos. Ante la sublevación de un clero corrompido, de una corte ciega, de unos magistrados palaciegos, de un feudalismo bárbaro, de una realza tiránica, no había otro medio sino una desesperada defensa del nuevo derecho y un supremo combate para sostener el imperio de las ideas progresivas. Europa con sus reyes creía el movimiento inmenso de los franceses hechura del credo de aquellas sectas, cuyas ideas rafagueaban por la superficie de los centros sociales sin penetrar en el espíritu de los pueblos, ni formar el tuétano de sus huesos. Las ideas progresivas, preparadas por el éter y el calor de los espíritus superiores, nace primero en una sola mente, crecen después en libros y escuelas, pasan á sectas primero, y después á partidos, y por medio del apostolado, del combate, del martirio penetran en la generalidad de los espíritus, y forman las sociedades, como al calor universal se forman los planetas.

En cuanto propuso Barbaroux la idea de los marseleses á París fué aceptada por París con verdadero entusiasmo. Y en cuanto París aceptó el verles y el abrazarles, no perdió un minuto su vocero y valedor; se pidió á Marsellesa seiscientos hombres que supieran morir y Marsella los envió en el acto. Mas no correspondió el calor de las demostraciones con que fueron recibidos al calor de las instancias con que fueron llamados. Mandaba entonces la Milicia parisién el furiosísimo Santerre, demagogo, sucesor del constitucional, y diplomático Lafayette que desempeñara durante los primeros años de la Revolución cargo tan difícil. Y aunque había prometido llevar todo un barrio á la recepción de los marseleses, únicamente reunió y mandó el iluso dos escasos centenares. Los parisienses netos y clásicos se burlaban un poco, en su estilo ateniense, de aquellos fanfarrones que se reu-

nian á socorrer y salvar su París. Mas, á pesar de todo esto, como el entusiasmo sea contagioso, como se pegue á todos la risa de algunos; como la esperanza preste fuerzas en los trances más amargos, como estas fuerzas determinasen alegrías colectivas y movimientos de los corazones al unísono la presencia de aquellos legionarios exaltados, con figura y palabra de verdaderos héroes, pidiendo ir al combate por la libertad con insistencia y apercibiéndose al martirio con abnegación, daba una confianza extraordinaria en el suceso de la empresa é infundía un general sentimiento de adhesión á una sangrienta cruzada sublime por la libertad y por la patria. La forma de los sentimientos cambia; no cambia la sustancia. Iban por la libertad en cruzada los marseleses ahora como fueran por la religión seis siglos antes sus progenitores. Cuando tantos se añoraban de las ideas y los afectos pasados ¿cómo no veían unidos con el heroísmo de los griegos de Salamina y de Platea en estos soldados de las revoluciones el sufrimiento y la conformidad de los mártires en las catacumbas? No pueden explicarse fases tales del estado mental colectivo sino recurriendo al recuerdo histórico de las añoranzas y nostalgias sugeridas á sus devotos vivos por las ideas muertas. Como, al momento de surgir los mártires desde las catacumbas con sus túnicas blancas y sus palmas verdes y sus nimbos santos, como muertos resucitados, mientras bajaban de los Alpes las legiones germánicas como arcángeles exterminadores descendidos de las nubes, muchos se plañían del desastre de los dioses destronados y se agarraban como náufragos á los rotos altares de la extinta fe pagana; en la crisis, ahora por nosotros recorrida, los realistas se plañían del desastre de una sociedad, cuyas bases no podían ya mantenerse de ningún modo sobre los nuevos sentimientos engendrados al calor de las nuevas ideas. No existe modo alguno tan propio y natural de concluir las antiguas instituciones como robarles así el aire donde respiran, como el suelo de que se nutren. Si las desarraigáis, dejándolas el medio ambiente, retoñan. Pero si destruis las moléculas sociales, de que han ido componiéndose ó formándose, nunca retoñarán. Es una ley que las especies desaparecidas del aire vital y archivadas en las zonas geológicas nunca reaparecen. Venía la revolución francesa como un corolario de la revolución religiosa, de la revolución artística, de la revolución territorial, de la revolución científica; y á todo el mundo le cogía de sorpresa, y la desconocían sus propios padres y la odiaban aquellos mismos á quienes redimía de la servidumbre. Antes hubo, sin recordar los movimientos municipales de la Edad Media, ni el triunfo de las repúblicas italianas, ni siquiera Suiza, mil revoluciones preparatorias de la revolución universal, bien conocidas; la que arrancó á Felipe II sus holandeses; la que descabezó á María Estuardo por sus resistencias al protestantismo; la que llevó á Cromwell hasta la dictadura primero y luego los Oranges hacia el trono con todas las perturbaciones á este cambio consiguientes, la revolución americana, ¿por qué extrañarse de que viniera la Revolución francesa como una síntesis de todas á imponerse y á prevalecer sobre todo nuestro mundo en la natural expansión del humano

espíritu? A la soberanía del Rey debió suceder la soberanía del pueblo. A un Estado, que creía su cabeza de otro carácter y de origen otro que su cuerpo, un Estado verdaderamente orgánico, en que la cabeza fuera como la resultante de todo el organismo, estando en relaciones proporcionadas y armónicas con todo el cuerpo. El espíritu antiguo europeo pretendía extinguir el fuego sacro de la revolución francesa y se quemaba en ella su recuerdo. Al sistema fundado sobre conceptos tan extraños como que los Reyes eran dioses, y sólo al cielo debían de sus actos cuenta, sucedió el sistema, en que cada ciudadano tiene derecho de proponer y todos juntos derecho de resolver, pudiendo retenerse por los individuos el primer derecho según las facultades y prerrogativas individuales como necesitando delegar al otro en los Cuerpos Colegisladores de la nación soberana.

Imaginaos qué cara pondrían así la casa de Austria como la casa de Borbón á tales ideas. Representaba la primera desde sus alturas un absolutismo; entre militar y teocrático, fundado sobre la unión del sacro romano Imperio con la vieja Iglesia católica; representaba el absolutismo civil en toda su extensión la segunda, mitigado por la tolerancia religiosa nel Edicto de Nantes y por el espíritu filosófico, que sucedió á la revolución de tal Edicto, el cual espíritu filosófico restableció algunas instituciones progresivas y expulsó los jesuitas, considerados por los Reyes filósofos como una verdadera peste. Pero la revolución tenía cómplices que mal de su grado la veían de buenos ojos, aunque la maldijeran en público y conjurasen la triste probabilidad eventual de verla extenderse por la mente de sus vasallos y agarrarse á las bases de sus Estados. Entre los cómplices inconscientes de la revolución universal se hallaban Holanda é Inglaterra. No les acompañaban los suizos, porque la oligarquía sobrepuesta por el tiempo á las instituciones republicanas y los soldados expedidos con estipendio á defender los Reyes en su Palacio, habían separado en este momento aquella República y hecho que se confundiera en suizo y servil en todas las lenguas. Pero como los Borbones y los Austrias habían tenido que defender á los Estados por ley natural, tenían que defender por ley natural también á la revolución los Oranges provinientes de Holanda y sus herederos hannoverianos en el trono de Inglaterra. Mas la extensión del miedo á la idea revolucionaria en todos los Monarcas hacía que se unieran por medio de un pensamiento común, negativo de la revolución, así los Habsburgos como los Brandeburgos, así los Oranges de Inglaterra como los Borbones de Italia y España, así la Emperatriz de Rusia como el Sultán de Constantinopla. Y no tenían los Reyes por qué dolerse y querellarse del carácter violento de la revolución, cuando ellos cometían el crimen mayor y la mayor violencia descomponiendo y descuartizando á Polonia. Quien había hecho esta desmembración para redondearse no estaba en el caso, tras haberse repartido sus despojos, de quejarse ó dolerse á la vista de cuanto Francia hiciera por constituir, con el condado veneciano y los feudos alsacianos juntos su antiguo territorio, libres de teocracia y feudalismo, una verdadera nación. Sin embargo, había una diferencia esen-

cial entre los Reyes boreales y los Reyes meridionales. Todos los de una zona y los de otra, se hallaban acordes en el odio común á la revolución reinante; pero discordes en la suerte reservable á Francia tras el triunfo. Mientras los Reyes del Mediodía unidos por el pacto de familia, Borbones casi todos; únicamente pensaban en salvar la dinastía descendiente de San Luis y su trono francés. Los Reyes del Norte pensaban en descuartizar á Francia como habían descuartizado á Polonia. Mas, fuesen cuales fuesen sus propósitos, componían enormísima suma. No puede así extrañarnos que, al ver venir tamaña nube sobre sus frentes los generales revolucionarios, se respingaran, y creyesen algunos cosa posible intentar dentro de Francia una reacción realista en inteligencia y concordia con los enemigos de Francia. Aquella idea tan extraña, según todos nosotros, del alucinado Bazaine, imaginando imposible consintiera el régimen revolucionario en Francia un férreo Monarca como el prusiano, y disponiéndose á servirlo para que destruyese la República por creer que así á su patria servía, es una idea muy sentida y acariciada por los primeros generales de la revolución, Gloriosa guerra, quizás muy necesaria, mas no había que alucinarse sobre sus consecuencias, en cuyo seno se guardaba el despotismo. No puede pedirse á una sociedad que se discipline con tanta fuerza como deben disciplinarse las sociedades militares, que haga su reina de la muerte, que uniforme sus gentes para no distinguir los individuos ni por el vestido, que imponga la obligación á sus ciudadanos de levantarse y dormirse y comer al toque de tambor y bajo el imperio de la consigna, sin que tal sociedad, condenada por el destino á perdurables guerras, deje de nombrar un déspota por jefe ó general y de pedirle que disponga y ejerza el despotismo. Magnífico despotismo aquel, entusiasmo extraordinario, sed ardentísima de sacrificio en todos los ciudadanos, abnegación por la cual se transforma el género humano y reviste un carácter sobrenatural, santísimo el combate por la patria malherida y por la libertad amenazada, héroes del progreso los que pelearon y sobre todo los que murieron por nuestra redención, por la redención universal, pero no podían impedir, oponiendo un despotismo á otro despotismo en aquellas luchas titánicas, que con ellas y por ellas viniese tal dictadura, ejercida primero por muchos, por la Convención, y luego por uno solo en el Imperio.

Los Reyes de la centuria décima octava todos fueron revolucionarios desde sus tronos respectivos. Todos ellos expulsaron á los jesuitas, y todos ellos oyeron á los filósofos. Sus representantes en Francia y España no sintieron escrúpulo de ningún género al favorecer una revolución republicana en América, enseñando el camino de la libertad y de la independencia con su doctrina y con su ejemplo á los pueblos, únicamente por vengarse de Inglaterra. Cuando Catalina conspiraba contra la revolución universal, no sabía lo que se pescaba, no sabiendo que aquella revolución habíala preparado con destrozamiento de reinos en la desmembración de Polonia y recibir como consejeros á filósofos enciclopedistas en su corte de Petersburgo. Cuando los filósofos iban á los palacios con sus ideas y sus enseñanzas, no

estaba lejos el día en que fueran los pueblos á sus barricadas desde sus clubs. Por haberse apartado los Brandeburgos primero de la Iglesia y luego del Imperio; por haber mantenido las guerras de religión famosas contra el Catolicismo y contra España; por haber estado en la terrible catástrofe de los treinta años con todos los enemigos de Austria y contra el predominio austriaco; por haberle arrancado, con la mano audaz y gloriosa de Federico el Grande al territorio austriaco valiosas provincias, no podían los Habsburgos transigir con ellos; y, sin embargo, por los sucesos franceses, recentísima la muerte del gran Rey filósofo, y apenas llegado al trono su inmediato sucesor Federico Guillermo, se juntan Habsburgos y Brandeburgos contra Francia. Y á pesar de todo esto, José II, hijo de María Teresa y hermano de María Antonieta, se aparece ante nuestros ojos como uno de los revolucionarios más revolucionarios del siglo. Leyes é instituciones antiguas, relación del Estado con la Iglesia, institutos monásticos, previa censura, mayorazgo y vinculaciones, todo lo trastorna, sin miedo alguno á las resistencias impuras de lo real, y con ánimo de cambiar el Imperio al *Fiat* de sus labios, dictado por un filosófico pensamiento. Ascendido José al trono cuando la revolución imperara en Francia ya, parecía uno de aquellos innovadores que truenan desde la tribuna revolucionaria contra la Iglesia y su clerecía. El arrojó es tan grande y la innovación tan temeraria, que se sublevaron en armas los pueblos contra las reformas en su favor decretadas, é impuestas por un loco é irreflexivo á su voluntad. Nunca se vió por modo tan patente, como entonces, en cuál error caen los innovadores que creen cosa fácil imponer á los pueblos desde las sesiones de un Congreso y desde los consejos de un ministerio la innovación pensada por ellos en su arbitrio y personal pensamiento. José tenía un Estado á su disposición y arbitrio, mas no pudo desde tales vertiginosas alturas y con sus fuerzas indomables imponerle su pensamiento al pueblo. Como en toda reforma, poco madura y meditada, los agraviados sintieron mucho el agravio y los favorecidos se levantaron á una contra el favor. En Irlanda se hizo una revolución popular contra las ideas revolucionarias profesadas por su Emperador. El escándalo fué tal, que Pío VI marchó á Viena desde Roma para detener aquel brazo, que podía con sus deliberados movimientos arrastrar á los Pontífices y á los Reyes sus combatidas entonces y mal ajustadas diademas. Pío VI enseñó á José II las consecuencias encerradas en sus principios, y le mostró los Reyes bajando las gradas del trono y subiendo las gradas del patíbulo entre los huracanes y ciclones de aquella revolución que descendía, como un viento del cielo, desde la cúspide del Estado más alto y más católico que por aquella sazón hubiera en Europa. José no sintió ningún arrepentimiento, mas le dolieron mucho las resistencias del pueblo á sus reformas, y se murió de pena, desesperado de la impotencia que le acompañara en sus empresas, mientras él se creía omnipotente.

José no murió arrepentido y murieron en arrepentimiento, los enciclopedistas españoles, que habían ejercido el gobierno. Pocos hombres han tratado de innovar como Flori-

dablanca bajo la suprema dirección y amparo de Carlos III, pocos han hecho privar en una corte con tanto acierto y constancia como él á una filosofía moderna y á la sazón humana. Quiso hacer una revolución abajo, pero desde arriba. En cuanto vió que los de abajo se levantaban y hacían una revolución radical contra los de arriba, retrocedió espantado ante las consecuencias de los teoremas por él formulados y ante los frutos de las ideas por él sembradas. Como había con acierto las reformas abrazado, le repugnaban verdaderamente con horror las revoluciones. Así consagró su vida y su gobierno en los últimos días de Carlos III y en los primeros días de Carlos IV á combatir la revolución francesa. El primer desafío lanzado á Francia por un trono europeo, fué, sin duda, el diplomático reto de Floridablanca en requerimiento de que sus súbditos franceses no maltratasen al Rey de Francia. Juntábasele Catalina II en estos odios, revolucionaria y filósofa también, harta, como una serpiente boa, de reinos y coronas recogidos en su largo imperio y apenas digeribles á sus vastísimas eternas ambiciones. Mas no podía revolverse contra Francia, por divertirla de tal supremo su combate con el sultán, á quien despojara de varios valiosos dominios. Y Floridablanca intervino con el fin de que no quedase rivalidad alguna entre los poderosos príncipes, ni mutuo escozor, ni afán de conquista con desquites, pudiendo consagrarse así todos al ministerio y al objeto de aniquilar la hidra, para ellos, del Apocalipsis, la tremenda Revolución francesa. Al talento de Carlos III innegable, sucedió la estolidez, innegable también de Carlos IV. Y éste imbécil imaginaba redimir con necedades y sandeces de su estéril magín al primo y camarada Luis XVI, alzado en el potro de los tormentos por aquella explosión volcánica del humano espíritu, anheloso de destruir el absolutismo y recobrar la libertad. Floridablanca, maestro en otro tiempo, de arte política, por la serenidad magistral de sus juicios y la exactitud certera de sus fines, perdió de terror la cabeza, y no tuvo tino en dirigir y aconsejar al monarca, metido en el daño por amor á su familia, é incapaz de presentir las terribles consecuencias de sus estúpidas temeridades. Así vió con sumo gusto el cordón sanitario puesto en la frontera, cual muralla chinesca, para que jamás pasasen del suelo francés al español, no ya las ideas, ni siquiera las moscas. Quien tanto como Floridablanca pensara en la cosa pública y presidiera desde las alturas del gobierno experimentados pensadores, después de ver y experimentar cómo la Inquisición misma no pudo contra la incoercible y etérea luz del pensamiento, se puso á perseguirlo y ahogarlo, demostró bien á las claras no hallarse por completo en su cabal juicio. Desconocía, sin duda, cómo al disolver la orden de Jesús, disolviera una base del antiguo régimen europeo, y al perseguir los jesuitas, perseguía el ejército permanente en la realeza y en la Iglesia tradicionales, desde aquel momento sorprendidas por una deshecha borrasca. Pero bien pronto le demostró á él mismo una dolorosa experiencia cuán versátil en su regio ánimo, y como caen bajo la pesadumbre del absolutismo todos cuantos lo sirven y lo prosperan. Metido en el afán de impedir á los